

Frente libertario

Madrid,
30 de septiembre
de 1937

Número 306

editado por el comité de defensa confederal región centro

ANTE LA INMINENTE APERTURA DEL PARLAMENTO

No debe seguirse desconociendo la profunda transformación social y política que catorce meses largos de lucha han introducido en las estructuras básicas de la organización española

Para primeros de octubre está convocado el Parlamento. Ante la proximidad de la fecha ya se advierten los preparativos; y gentes que hasta ahora se habían separado rápidamente de la vida española, en un tácito reconocimiento de sus propias culpas, se aprestan a tomar posiciones desde las cuales puedan seguir defendiendo sus posiciones antiguas, de privilegio y de vida cómoda, a las que, en su fuero interno, ellos mismos habían renunciado para siempre. La coyuntura es inmejorable; y ellos, siempre atentos y siempre perspicaces, se aprestan a hacer la jugada maestra que los devuelva a la situación donde nunca debieron estar. Al menos, donde nunca debieron estar, si la dignidad fuera para ellos un artículo de conducta trascendente.

Pero no es así. Y como el Parlamento va a abrirse, recaban una situación que cayó envuelta entre los disparos y los escombros de la Montaña y de Atarazanas. El Parlamento es para ellos la gran panacea.

Ahora bien, ¿lo es igualmente para el pueblo español? Esto ya es cosa bien distinta. Y las razones son tan claras y tan palmarias que incluso parece obvio insistir sobre ellas.

El Parlamento, para que realmente pueda llamarse tal, para que ostente la verdadera representación del país y para que, consiguientemente, pueda realizar una labor útil y eficaz, precisa reunir una serie de requisitos de los cuales carece en absoluto el que va a reunirse en Valencia.

En primer término, el Parlamento debe ser el reflejo exacto de las fuerzas, y más aún, de las opiniones existentes. Y este Parlamento, ni de lejos, es una representación

de tales fuerzas. Faltan a él, de una parte, los elementos antifascistas que se encontraban y se encuentran en la zona dominada por los rebeldes, a los cuales no ha sido posible tomar contacto con sus hermanos de lucha; elementos que, no cabe la menor duda (sería cerrar los ojos a la evidencia pretender afirmar lo contrario), son muy numerosos. Y falta, por otra parte, la representación en el mismo de fuerzas como la C. N. T., que aportan a la lucha contra el fascismo su acción decidida, eficaz, decisiva. Esto sin contar con la falta misma del elemento faccioso, que, aunque dadas las circunstancias actuales no tiene de qué ni por qué estar representado en el Parlamento, no deja por eso, si se quiere mantener en todo su rigor la lógica política-práctica característica de las asambleas representativas, de ser uno de los elementos integrantes de la opinión política de conjunto.

A base de estas consideraciones, ni puede ni debe dilatarse el reconocimiento de que el Parlamento actual no es, ni de lejos, un órgano que represente la autenticidad del sentir del pueblo español. Y si

no representa el sentir del pueblo español, no tiene autoridad para discutir sobre los problemas que el mismo pueblo tiene planteados y menos aún para intentar imponer soluciones a esos problemas.

Ahora bien; encontrándose en estas condiciones, ¿no es de sentido común, no es elemental, el reconocer que semejante órgano debe ser renovado, atemperándolo a la realidad española?

Creemos que la contestación afirmativa no admite siquiera discusión. Ni nos dejemos llevar por la pasión ni embota nuestro discurso fobia de ningún género. Pero una mirada al panorama español pone de manifiesto claramente que el Parlamento, el Parlamento que se va a reunir, no puede nunca considerarse como representación auténtica de la España actual.

Sostener eso, afirmar esa posición y dar alas al decaído prestigio de esa Cámara, es tanto como desconocer en absoluto la profunda transformación política y social que ha tenido lugar en nuestro país desde las elecciones de febrero del 36 hasta la reunión de octubre del 37. Catorce meses largos de lucha

han cambiado totalmente el panorama social y político español; se han afirmado unas posiciones, se han hundido otras en el mayor de los créditos y han surgido posiciones y orientaciones nuevas, nacidas al calor de la contienda y desarrolladas en plena guerra.

La necesidad de renovar el Parlamento es evidente; como es evidente siempre la necesidad de que los órganos representativos y deliberantes se ajusten en su composición a la realidad de las fuerzas que actualmente existen en el país.

Por la moralización de la retaguardia

Se viene proclamando, casi a diario la necesidad de mantener una disciplina ciudadana en todos los órdenes de la vida, a fin de que la colectividad rinda el mayor provecho posible a la causa antifascista. Teorizamos con una lógica aplastante, pero en el terreno de los hechos poco se viene a realizar. Y, sin embargo, ha llegado la hora—alguna vez había de serlo, y cuando mejor que este día, que podemos considerar principio del segundo año de la etapa reconstitutiva—de pasar a dar efectividad y hacer que se cumplan todos los acuerdos e iniciativas que puedan llevarnos rápidamente a la victoria.

El primero de ellos consiste en establecer una vigilancia absoluta sobre el derroche de la economía, oponiéndose a gastos superfluos y a lujos individuales y familiares que están muy lejos de armonizar con las necesidades que, por otro lado, la guerra impone.

Partiendo del principio de que nadie puede vivir de renta y si sólo de su trabajo, hay que ir inmediatamente a una revisión de los salarios, a fin de evitar la injusta desigualdad que existe entre los que ganan sueldos excesivos y aquellos que apenas pueden cubrir con sus jornales las necesidades propias y de los suyos.

Esto, que en el terreno particular mantiene un ambiente de sorda irritación entre los ciudadanos, cuando asciende a las esferas gubernativas adquiere caracteres que caen dentro de la inmoralidad. No puede seguirse un día más percibiendo esas pagas elevadísimas que algunos gozan en los cargos oficiales. Se precisa una poda intensa y equitativa que acabe con estas desigualdades irritantes.

Y como la práctica nos enseña que

Cuestión actual, por consiguiente, es la de hacer posible esa renovación, tomando en cuenta para ella las especiales circunstancias en que se desenvuelve actualmente la vida española.

Vaya en tanto por delante nuestra firme creencia de que el puesto del Parlamento debe ocuparlo una Asamblea Popular Antifascista. De la conveniencia de su constitución, de la proporcionalidad de las fuerzas que la integren y de su ajuste a la realidad palpitante que la guerra nos plantea, nos ocuparemos en un próximo artículo.

es imposible y contraproducente establecer una igualdad totalitaria de salarios, nosotros hemos propugnado, y seguimos firmes con nuestro sistema, la implantación del salario de tipo familiar, que no ahogue el estímulo individual y que ponga a cubierto a todo el mundo de las necesidades tanto particulares como colectivas.

Claro está que hemos de procurar elevar el tenor de vida de los trabajadores, los cuales hasta ahora han vivido generalmente en nuestro país con una penuria de medios tan excesiva, que les hacía arrastrar una existencia indecorosa, desde el punto de vista social y humano.

Y premiar también como corresponde a las necesidades de su profesión a todos los verdaderos técnicos e intelectuales, cuya labor en las presentes circunstancias puede contribuir en gran manera a realizar la suerte de nuestra causa.

Pero siempre con un atinado sentido de la equidad y de la justicia. Nadie debe ocupar puestos que no merezca ni se ha de continuar favoreciendo la intriga y la recomendación. A cada cual, según sus méritos reales, se le ha de colocar en el sitio que le corresponda y se le ha de exigir plena responsabilidad de actuación.

De esta forma llegaremos a tener una burocracia limitada y eficaz que cumpla con todas las obligaciones de sus cargos respectivos, sin gravar excesivamente sobre el presupuesto de la nación, y así habremos empezado a moralizar la vida pública, para poder exigir luego a los obreros de todas clases una conducta ejemplar, con lo que nos haremos dignos de conseguir esos ideales por los que luchamos obstinadamente.



EL CAPITALISTA.—Tengo buen estómago, pero estoy viendo que esto se me va a indigestar.

Ayuntamiento de Madrid

CAMBIO DE ETIQUETA

Ahora sí que estamos convencidos de que esto marcha. Lo dice todo el mundo, lo proclama la Prensa y se ven los rostros jubilosos de la multitud, la cual empieza a salir del ayuno forzado a que se ha visto sometida durante los últimos tiempos.

Ha bastado que los que entienden de estas cosas tomen las riendas de la pública administración, para que resurjan, como por encanto, los bellos días en que la ciudad era un emporio de dichas y de placeres.

Ya nadie tiene miedo a lo futuro. Cada cual procura pasar la vida de la mejor manera posible, en la seguridad de que así va a durar, mientras unos cuantos beneméritos de la patria lo dispongan. Y es inútil que critiquen los que jamás estarán conformes con nada; pues si hasta este momento no se ha visto resultado alguno, compárese con lo poco que se ha hecho durante catorce meses y concédase un plazo ilimitado de confianza a estas buenas gentes que van a enderezar toda clase de entuertos cometidos por los impíos revolucionarios.

Afortunadamente, no va a quedar ni uno para ilustrar los hechos de estos días. Se los va cazando furtivamente y muchos no vuelven a dar siquiera noticias de su salud. Al parecer, puede que hayan quedado convencidos de que las cosas no deben cambiar bruscamente, y que vale más seguir la rutina aprendida de los antepasados que exponerse a los fracasos de experiencias peligrosas.

Como además hay planteado un problema de urgente resolución, que es el de buscar rápido empleo a los más fuertes y bonitos ejemplares de la raza, a fin de que no puedan peligrar sus preciosas existencias en los frentes, conviene hacer una pequeña revolución por los despachos oficiales y sustituir la gente madura por estos favorecidos de los dioses.

Ha empezado bien el ensayo general de esa movilización decretada por un Gobierno fuerte que tiene, sin duda alguna, la visión amplísima de la vida regional, tal como pudieran desearla los más acérrimos lectores de la crónica de Muntaner.

La cuestión estriba en no dejar rastro alguno de la obra realizada por quienes llevaron su ambición al extremo de querer orientar la vida de una región que ellos han hecho prosperar con su esfuerzo, dándole un sello nacional, al que no se avienen espontáneamente ciertos indigenas.

Por lo tanto, se desea proscribir los colores exóticos. Hay demasiado rojo y negro dentro y fuera de la ciudad, que pudieran dar a los neutrales que nos visitan la impresión de que aquí no ha habido más que sangre y duelo. Se empieza, pues, por eliminarlos de la oficina: ca rotulada y se va camino de hacerlos desaparecer de la imaginación popular, que un día los seguirá enronquecida de fe y de entusiasmo.

Ese cambio de coloración tiene en los actuales momentos una importancia decisiva para vencer al fascismo; pues éste se va a ver sorprendido por actos así, de intrepidez,

que demuestran la valentía y el impulso combativo de que están poseídos sus autores.

A los revolucionarios ya se nos ha ganado la partida: porque nunca hubiéramos soñado con llevar nuestra acción a un extremo tan radical como ese de sustituir unas banderas por otras, con el mismo descaro con que italianos y alemanes cambian sus distintivos por los de Falange Española.

Y por eso confiamos en que la

Revolución no detendrá su curso; pues faltaba todavía hacerla en los pequeños detalles y han venido ya los meticulosos servidores de la misma para ir registrando en los libros, a fin de que no se pierda ni la más ligera palpitación de esta etapa progresiva en que el país asciende como por sobre una escalera mecánica. Sólo que el motor, al que se pretende también borrarle la marca de fábrica, permanece oculto y en disposición de hacer que siga rodando algún tiempo todavía este nuevo artefacto de Gobierno que se ha dado en llamar Frente Popular, por ser la etiqueta de moda.

¡Maura, no! ¡Maura, no!

¡Maura, no! ¡Maura, no! Y ¡Maura, no!, porque D. Antonio Maura y Montaner fué el asesino de Francisco Ferrer Guardia. Y fué el asesino de Francisco Ferrer Guardia, porque don Antonio Maura y Montaner era el brazo alevé de la Compañía de Jesús, y el brazo alevé de la Compañía de Jesús cayó sobre la cabeza de Ferrer porque Ferrer le disputaba la infancia, y se la disputaba para educarla, para instruirle, para hacerla abrir, cual adelfa delicada y frágil, a las nuevas corrientes del pensamiento, de progreso y de vida. Y no para invertirla, mancillarla y castrarla, como de siglos y siglos había venido haciendo la ignominiosa Compañía. Y por eso y sólo por eso, en la primera década del siglo actual cruzó el espacio de Este a Oeste y de Norte a Sur el grito protestatario de ¡Maura, no!, ¡Maura, no!

Y ¡Maura, no!, ¡Maura, no!, porque D. Miguel Maura y Gamazo es el hijo del asesino de Ferrer. El hijo del defensor de los jesuitas. El hijo del hombre de la semana sangrienta.

Y ¡Maura, no!, ¡Maura, no!, porque D. Miguel Maura es la bestia que con dinero, o con necesidad de él, vino a la República, y vino a la República para violarla, para escarnecerla y para humillarla.

Y ¡Maura, no!, ¡Maura, no!, porque para humillar la República, para escarnecer la República y para violar la República trajo a ella los generales sin historia, sin honra y sin gloria, que por carecer de gloria, de honra y de historia habían traicionado a su amo, como muy pronto traicionaron la República. Y trajo a más. Trajo a la República los latifundistas que, más que sus latifundios, explotaban a sus obreros por el mísero salario de siete reales por día. Y más trajo. Trajo al contrabandista Juan March, que no quiso dotar la República, pero que no tardó en venderla. Y trajo al traidor a Ferrer, Emiliiano Iglesias, que se llevó el dinero de donde estuvo, y estuvo en todas partes. Y trajo, sí, trajo al que pocos años antes había escapado a París con un coche del ministerio de Hacienda, y a tantos y tantos otros...

Y ¡Maura, no!, ¡Maura, no!, porque D. Miguel Maura es más todavía: Don Miguel Maura es el que con saña sin igual persiguió, exterminó y encarceló a los obreros que durante su infame gestión pidieron, en los jornales de hambre y miseria que venían disfrutando, dos reales de aumento.

Y ¡Maura, no!, ¡Maura, no!, porque D. Miguel Maura es el que pidió la unión de las derechas para acabar

con las izquierdas, para acabar con los avances sociales de las izquierdas y, en último caso, para acabar con la República de derechas, que sólo por accidente había estado en manos de las izquierdas alguna vez. Sí, es el hombre que pidió, y que pidió con reiteración, la unión de las derechas, y que por cierto las derechas no quisieron unirse a él por impúdico, por inepto y por perjuro.

Y ¡Maura, no!, ¡Maura, no!, porque Maura es el hombre que salió de España, el hombre que abandonó la Patria cuando la Patria se hallaba en peligro.

Y ¡Maura, no!, ¡Maura, no!, porque Maura no representa a nadie, porque Maura no es revolucionario, porque Maura es el defensor de los jesuitas, porque Maura es al que acuchinaron 108 familias que visten de luto, 108 discípulos de Ferrer, muertos en tiempos de su gestión triste y cuyos familiares luchan y luchan en los frentes de los que Maura desertó.

Y, en último término, ¡Maura, no!, ¡Maura, no!, porque Maura es el hombre que viene a España, sí, que viene a España, a pedir al pueblo que perdona a su amo, que entregó la República a los traidores, y que ahora ni a los traidores, ni a Hitler, ni a Mussolini les es útil.

LA ESTACA

Artículo único para acabar con los especuladores y ladrones de toda laya

Todas las leyes son ineficaces mientras no se destruyen las malas prácticas, y para destruir las la ley es mucho menos útil que los esfuerzos individuales.

(Ganivet. — Idealium Español.)

No sólo Ganivet, el colosal pensador español prematuramente fallecido, ha dicho que la ley es ineficaz cuando no se hace cumplir por la iniciativa individual, sino que también han sido otros pensadores y tribunos los que lo han dicho. Barret dijo que la legalidad nos mata. Y Cicerón, ya antes de la era cristiana, afirmó que la ley es la tela de araña donde quedan cogidas las moscas pero no el milano. Y en una sociedad donde no impera más norma que la del "tanto tienes tanto vales" el milano no puede ser otro que el rico de dinero o de poder coercitivo.

Estamos ya hartos de leyes y decretos que nada resuelven ni remedian al pueblo. Todo lo más que hacen es agudizar más el ingenio de los que, racionalmente, viven al margen de la ley; pero que, jurídicamente,

QUISICOSAS DOS HISTORIAS

I
Juan sudaba la gota gorda en la obra todos los días de sol y se ponía las manos moradas cuando llegaba hasta su tajo, persistente y cruel, el frío invernal. En uno y otro caso, el resumen de la jornada era el mismo: cansancio, desaliento y un tónico de temor de regresar a casa, porque allí se le ofrecía el cuadro de su hogar: invariable y poco halagüeño: la pobre Pascuala, casi siempre malhumorada de la escasez de cosas útiles y la abundancia de cosas inútiles, por ejemplo: poco de qué para el cocido, mediano adobo para las patatas y sobra de mocós y llantos en sus cuatro reloños y sobra de... los cuatro.

Así la vida de Juan y Pascuala. Poco amor, porque había poca ilusión. Ella, pelo lacio, vientre abultado, senos flácidos, ojos sin brillo y sin encanto, manos endurecidas del fregoteo y otras labores. El nudoso, curtido, llena la cabeza de impacencias socializantes y ya sin ganas de decirle a ella ninguna de aquellas palabras apasionadas y ruhotas que solía decirle en la mocedad de su noviazgo.

Llegó el 18 de julio de 1936. Cuartel de la Montaña, Alcalá de Henares, Guadalajara, Somosierra... En todos estos lugares estuvo Juan dando el pecho con otros compañeros. En "la Montaña" peleó con una navaja cabriera, y allí se procuró un mauser que antes había disparado contra el pueblo. Juan se batió valientemente en todas partes, y el vino de la guerra le hizo feliz. En Somosierra se ganó un botazo. Al salir del hospital se fué, con sus compañeros, a pelear en tierras de Avila. Vió moros, oyó cañonazos y sufrió bombardeos de aviación, y estuvo a punto de que la metralla le abriese el pecho: conoció las tristes jornadas de la derrota; llegó a los Carabanchales; aguantó allí con los que aguantaron; bajó luego al Puente y, como estaba tan atareado, no se dio cuenta de lo mal que andaban las cosas en los primeros días de noviembre, y no tuvo ocasión de pensar en el Levante feliz. En el Puente recibió un mortero. Días de hospital, de fiebre y delirio, de grandes dolores y, a ratos, felices pensamientos de su infancia desventurada. Pensaba que los compañeros sabrían ganar la guerra y que sus hijos vivirían una infancia mejor que la suya y que se harían hombres útiles en una sociedad más humana y justa. Salíó del trance con el pecho un tanto averiado. Llegó la militarización y le tocó un flamante uniforme de soldado y muchos días de puesto en las avanzadillas de distintos frentes.

Hoy es soldado del Ejército Popular; gana dos duros; de cuando en cuando recibe alguna noticia de su Pascuala y los niños, que pasan "las

moradas" en un pueblecito de Levante, y sigue pensando en la redención del proletariado...

II
Raulito estaba para darse de alta en el partido de don Gil cuando estalló la subversión. En un tris estuvo de cogerse los dedos. Pasó suaves de muerte escondido durante el día en el desván de su casa y angustias de parturienta cuando bajaba a dormir en su cama de siempre y soñaba que grupos de hombres foscós subían a por él para darle "el paseo".

Tenía veintitrés años, cuatro trajes, algunos libros de retórica, lindos cachivaches y una novía llamada Pochola. Al cabo de muchos días se aventuró a salir a la calle. Iba convenientemente disfrazado con un pantalón de segunda vida y una chaquetilla de paño recién salida de la tienda. Vió pasar batallones mal vestidos y peor armados y gentes que saludaban con el puño en alto y ojos húmedos de emoción, y también se emocionó y levantó el puño también. Tras de esta salida sucedieron otras muchas, y como no era torpe, se percató en seguida de que todo le iría bien si lograba un carnet político de solvencia. Un amigo le facilitó el ingreso. Al cabo de un mes tenía personalidad suficiente para avalar a sus papás, a los papás de Pochola y a Pochola misma. En el local de su partido y en la calle y otros lugares tuvo ocasión de ver antiguos amigos y compañeros de doctrina, vestidos como él y como él "haciendo por la vida". Algunos de ellos empezaban a ser influyentes, y esto le estimuló. Tuvo ganas de ser influyente, pero no sabía qué camino elegir. La pauta se la dió un muchacho que conociera en su Club favorito. Iba el tal con arcos marciales y lucía emblemas de capitán. Había dejado su antiguo aire de novicio conventual y andaba pisando fuerte, con el talle erguido y la diestra apoyada con cierto airecillo amenazador en la funda de su Astra del nueve largo. Se abrazaron y, luego de contarse cosas, el amigo se ofreció a protegerle. Tan bien le protegió, que al cabo de un mes escaso lucía emblemas de oficial y era uno de los tres prohombres encargados por su partido de organizar un batallón de título escalofriante. Vió el frente sólo una vez, en día de calma paradisíaca, y esto le valió un ascenso. Peroró en mítins, organizó suscripciones, vivió en pleno sueño heroico hasta que llegó noviembre, con sus frios otoñales. El fué uno de los que concibieron la feliz idea de organizar la defensa de Madrid desde Valencia...

Hoy es el mayor jefe de una unidad en formación, y no teme que se pierda la guerra, porque tiene bien segura la coartada salvadora.

sartén cogida por el mango, lo mejor será que, si no quieren verse arrastrados por el torbellino de la furia popular y hacer el ridículo más espantoso perdiendo algo más que la popularidad, desencadenen el terror desde arriba contra los enemigos del pueblo, que son todos los que comercian con su sudor, con su hambre y con su vida. Si no se organiza el terror sereno desde arriba es probable que, por desesperación, se desencadene desde abajo, y entonces, ¿quién es capaz de calcular hasta dónde nos puede llevar este estado de cosas?

Pero no obstante, y a tenor de lo que se dice de que hay que ayudar al Gobierno a desenmascarar a los especuladores, y para que surta efecto la disposición, lo mejor será, sin perder la serenidad y con cien ojos, por si se mezcla algún pescador de río revuelto, coger al enemigo y arrastrarle hasta la mitad de la calle y con el único y ejemplar artículo del garrote romperle la crisma, para que nunca más vuelva al mostrador y a la cueva del antro donde se amasa la riqueza nacional y que va a parar al bolsillo sin fondo del comerciante, que ni es fascista ni antifascista, sino ladrón.

AMADOR ARCADIO
(Del Grupo "Los Anteos".)